



MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES
Excmo. Sr. Kevin Rudd, diputado al
Parlamento

INTERVENCIÓN DE AUSTRALIA

**EN LA SESIÓN PLENARIA DE ALTO NIVEL DE LA
ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS
(CUMBRE SOBRE LOS OBJETIVOS DE DESARROLLO DEL MILENIO)**

**NUEVA YORK
22 DE SEPTIEMBRE DE 2010**

SÓLO DARÁ FE EL TEXTO PRONUNCIADO

Como naciones, tenemos la responsabilidad de hacer lo que decimos que vamos a hacer.

La responsabilidad de cumplir las promesas hechas a los otros Estados miembros.

La responsabilidad de encauzar los solemnes compromisos adquiridos en esta gran Cámara hacia acciones concretas capaces de transformar las vidas de los más pobres de entre los pobres del mundo.

Hace una década que nosotros, las naciones del mundo, nos reunimos aquí para ofrecer a los pobres del mundo una porción más justa del futuro.

Una década después, nos reunimos de nuevo para hacer balance.

Para alegrarnos de los logros.

Pero también para admitir honradamente nuestros fracasos.

Quisiera comenzar relatando las historias de dos niños.

La primera se refiere a una niña que conocí el lunes, aquí en Nueva York.

Se llama Nthabiseng y nació en Soweto.

Nthabiseng es una hermosa niña que sonrío con la más luminosa de las sonrisas. Tiene ahora doce años, y su madre murió cuando ella tenía ocho años.

Normalmente esto la habría condenado a una vida de pobreza.

Sin embargo, Nthabiseng estaba decidida a recibir una educación.

Pensaba que “cuando los niños no pueden ir a la escuela, se quedan sin futuro y sin mañana.” Ahora progresa bien en la escuela y tiene ante sí un futuro muy brillante.

Los niños como Nthabiseng se beneficiarán del programa Un Gol de la ONU, que trata de hacer de la educación una realidad para todos los niños del mundo, y no sólo para unos pocos.

La segunda historia es la de un muchacho que nunca ha estado en Nueva York.

También él perdió a su madre, que murió al dar a luz.

Su familia malvive entre las chabolas de una de las megalópolis que están proliferando por todo el mundo, no muy lejos de los rascacielos de su próspero distrito financiero.

Este niño no pasa el día en la escuela, sino en medio del tráfico urbano, mendigando unas monedas ante las ventanillas de los automóviles detenidos frente a los semáforos.

Todos lo hemos visto en nuestros viajes.

No he querido ponerle nombre, porque tiene miles de nombres.

Y porque, de momento, carece de toda esperanza.

¿Por qué cuento estas historias?

Porque reflejan el rostro humano de lo que ocurre cuando el mundo se compadece y cuando deja de compadecerse.

La primera historia nos incita a seguir actuando.

La segunda debería reafirmarnos en la necesidad de actuar en favor de todos.

A comienzos del milenio, nosotros, los Estados miembros de las Naciones Unidas, pactamos un compromiso mutuo.

Convinimos en que todos arrimaríamos el hombro para arrancar de la pobreza a mil millones de personas.

Y convinimos en que seríamos medidos en 2015 con la vara de medir de estos Objetivos de Desarrollo del Milenio.

Para reducir a la mitad la pobreza y el hambre.

Para dar a todos los niños y niñas la posibilidad de una buena educación.

Para rebajar significativamente el número de mujeres que mueren al dar a luz y el número de niños que mueren de enfermedades que pueden prevenirse fácilmente.

Para promover la igualdad de género y la capacitación de las mujeres.

Para luchar contra el VIH/SIDA.

Para garantizar la sostenibilidad global.

Y para instaurar una coalición global a favor del desarrollo.

Diez años después, ha llegado la hora de reflexionar sobre la hoja de calificaciones donde están anotados nuestros progresos.

La verdad es que, al paso que llevamos, no lograremos conseguir ni siquiera el más apurado de los aprobados.

Los éxitos registrados en determinados ámbitos, como la reducción de la pobreza y la asistencia a la escuela, se ven contrarrestados por otros fracasos, entre ellos la salud de las madres y la nutrición infantil.

Nuestros fracasos han atraído críticas resonantes: las de quienes afirman que la ayuda internacional no funciona, que es un despilfarro, que está mal gestionada, que no sirve para nada.

Esto no es lo que opina Australia.

Nosotros creemos que los más ricos de nosotros tenemos la grave responsabilidad de ayudar a los más pobres de la familia humana para que dejen de ser pobres.

La pobreza es degradante.

La pobreza deshumaniza.

La pobreza destruye la dignidad humana.

Como nos ha recordado el Secretario General en su informe "Mantener la promesa", los ODM son una expresión de los derechos humanos fundamentales, del derecho de todos a la salud, educación y vivienda.

Creo que se trata de verdades evidentes.

Pero quienes abrigan dudas sobre si el concepto de justicia social es una verdad evidente, deberían considerarlo de este otro modo:

La eliminación de la pobreza extrema impulsa el crecimiento global para todos.

Hace crecer la tarta global.

Fomenta el comercio y la inversión.

Crea puestos de trabajo.

Se contrapone a la radicalización política y religiosa.

Promueve la paz.

Mejora la estabilidad.

Y reduce las migraciones peligrosas e irregulares en todo el mundo.

Con otras palabras, la eliminación de la pobreza favorece a toda la familia humana.

Y favorece a todos los países.

Como miembros de la familia de naciones, no podemos permanecer ociosos mientras 70 millones de niños no pueden ir a la escuela.

No podemos permanecer ociosos cuando cientos de miles de mujeres mueren durante el parto – un número estimado de 358.000 durante el penúltimo año.

Y no podemos permanecer ociosos mientras las enfermedades infecciosas dejan un rastro de destrucción entre las comunidades pobres.

Ni ante el dato escalofriante de que más de la mitad de los 800 millones de personas que viven en los países menos desarrollados del mundo se hallan aún en un estado de extrema pobreza.

Seamos sinceros.

Los países donantes han asumido compromisos que no han cumplido.

Por ejemplo, han entregado menos de la mitad de los fondos prometidos para la ayuda a África hace cinco años, en la Declaración de Gleneagles del G-8.

La solución no puede consistir en diferir nuestros compromisos aún más hacia alguna fecha futura, ni en barrerlos todos disimuladamente debajo de la alfombra internacional.

La solución es hacer lo que decimos que vamos a hacer. La solución es hacer honor a nuestros compromisos, incluso en un entorno económico internacional difícil, porque para los más pobres de entre los pobres es más difícil todavía.

Esto es lo que Australia trata de llevar a cabo.

Hace algunos años, a medio camino de la meta de 2015, nos dimos cuenta de que nuestros esfuerzos no eran suficientes.

Nos dimos cuenta de que teníamos que hacer mucho más.

Hoy, el presupuesto de ayuda australiano es dos veces mayor que en 2005 e incluye, por ejemplo, un aumento de la ayuda a África del 200%.

Según las proyecciones actuales, en 2015 nuestro presupuesto de ayuda se habrá duplicado otra vez.

De este modo, Australia será el país donante cuya ayuda habrá aumentado al mayor ritmo de entre todos los pertenecientes a la OCDE.

Y hemos cumplido nuestros compromisos a pesar de los efectos de la crisis financiera.

El Gobierno Gillard ha situado los ODM en el centro de nuestro programa de ayuda.

Hemos establecido Asociaciones para el Desarrollo con once países insulares del Pacífico.

A nivel regional, el Pacto de Cairns para el fortalecimiento de la cooperación en el desarrollo, acordado en 2009, garantiza que todos los socios en el ámbito del desarrollo actúen de forma concertada, contribuyendo así a la consecución de los ODM por parte de nuestros vecinos insulares del Pacífico.

Ayer asistí a una sesión especial de la Cumbre sobre los países menos desarrollados.

Mencioné allí las necesidades particulares de los 49 países menos desarrollados – 15 de los cuales se hallan en nuestra región, y 33 en África. Nuestra máxima prioridad deben ser estas personas, los más pobres de entre los pobres.

A medida que el programa de ayuda de Australia crece hasta multiplicarse por dos durante los cinco próximos años, aumentaremos la proporción destinada a estos países menos desarrollados.

Hoy me comprometo, en nombre de Australia, a trabajar hasta conseguir dedicar el 0,15% de nuestro PIB a la ayuda a los países menos desarrollados, en línea con los objetivos internacionales.

En el conjunto de todos nuestros programas de ayuda exterior consagrada al desarrollo, Australia tiene previsto asignar 5.000 millones de dólares australianos a la educación.

A la asistencia sanitaria a mujeres y niños, 1.600 millones.

A la seguridad alimentaria, 1.800 millones.

Y otros 1.200 millones de dólares a las medidas para la adaptación al cambio climático y para su mitigación en los países en desarrollo, entre ellos los 39 pequeños Estados insulares en vías de desarrollo que son los más expuestos, y al mismo tiempo los menos responsables, de esta gran amenaza para nuestro planeta.

Australia se esforzará también en abrir los mercados mundiales a los países menos desarrollados para permitir que las empresas privadas, el comercio y las inversiones ayuden a sacar a estos países de la pobreza.

Todo lo cual será posible aplicando las oportunas medidas de gobernanza que aporten transparencia y sentido de la responsabilidad. Éstos son los pasos necesarios para el desarrollo.

Inicié mi intervención con las historias de dos niños, uno de ellos con oportunidades, el otro sin ellas.

A los australianos, nuestro instinto nos hace desear que todos los niños del mundo reciban un trato justo.

A través de sus generosas donaciones privadas y del programa de ayuda oficial, financiado con sus impuestos, los australianos quieren ofrecer a todas las personas del mundo la oportunidad de vivir una vida decente.

Entre las ONG australianas que actúan en todo el mundo se encuentran World Vision, Oxfam, Caritas, ChildFund, Plan International, la Cruz Roja y la Fundación Oaktree.

Permítanme concluir citando a un tercer niño, esta vez australiano.

Se trata de una niña de diez años que me escribió lo siguiente:

"Creo que los niños de los demás países tienen los mismo derechos que los niños de aquí. Esto es lo que creo. Los niños de todo el mundo deberían tener las mismas cosas que nosotros: buenos maestros, doctores, casas y agua limpia."

Los gobiernos del mundo no pueden defraudar a los niños del mundo.

La necesidad está clara.

Los objetivos están claros.

Las políticas están claras.

Y también el calendario está claro.

Lo que no está claro es si los gobiernos del mundo realmente creemos en lo que decimos.

A mil millones de pobres del mundo no les queda otra opción que confiar en que sea así.

Si queremos reformar esta gran institución, estas Naciones Unidas, este parlamento del género humano, no deberíamos empezar elaborando otro plan grandioso.

Deberíamos empezar sencillamente por hacer lo que decimos.

En Australia eso es precisamente lo que queremos hacer:
contribuir a que estos Objetivos de Desarrollo del Milenio se conviertan en una realidad.

Para que los pobres del mundo sientan que algo ha cambiado realmente.

FIN